

Biblioteca Infantil Argentina



A MANO

Ada M. Elflein

020
2

Biblioteca Infantil Argentina

A MANO

POR

ADA M. ELFLEIN

20.193

CON ILUSTRACIONES

▽
**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO N.º 1687

BUENOS AIRES

1918

BUENOS AIRES
LIBRERIA
DAY & L. TERAPIA
CALLE 511 - FLORIDA - 811
CALLE 511 - FLORIDA - 811

Propiedad registrada
de acuerdo con la ley
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



A sí que ya sabés, Basilio: el potro blanco. Mansito, sin mañas, pero brioso y de linda alzada. Como para llevarlo después a Buenos Aires.

—Pierda cuidado, niño. Le voy a preparar un «flete» como no lo tiene el señor Rivadavia, con ser Presidente. ¡Ya me lo veo luciéndolo en la Paza de la Victoria, algún día 25 de Mayo!

Enrique Frías, el hijo del patrón, rió satisfecho, como ríen los muchachos de quince años ante una perspectiva que halaga su vanidad. El domador Basilio Gallo era su gran amigo. Enrique había nacido en la estancia, situada en el partido de Luján y donde la familia residía durante todo el año. Desde chiquito, al ver a Basilio, solía tenderle los brazos con un chillido de alegría. Después, fué el paisano quien le enseñó a montar, a enlazar y bolear y a hacerse práctico en todas las faenas y diversiones camperas: autoridad indiscutida para el muchacho y consejero leal y recto en todos los casos de conciencia que un niño suele consultar con un extraño, antes que acu-

dir a sus padres. Estos sabían que su hijo estaba en excelente compañía, y le dejaban amplia libertad para ir con Basilio adonde quisiera.

El momento de ir a la escuela fué amargo para Enrique, pues significaba permanecer alejado de su amigo durante la mayor parte del año. Pero en verano los dos se desquitaban y pasaban juntos días felices.

Al terminar una de estas temporadas veraniegas, Enrique recomendó a Basilio le amansara el potro blanco que su padre le había regalado, y con el que pensaba lucirse ante sus amigos en Buenos Aires.

II

De nuevo llegó diciembre y Enrique volvió a la estancia, temblando de impaciencia por ver a Basilio y demás amigos, y no menos por ver el caballo, que ya debía estar preparado para montarlo.

El domador había salido al campo en ese mismo caballo, le dijo un peón; volvería pronto.

Parecióle a Enrique que el hombre hablaba con cierta cohibición. También le extrañó que Basilio hubiera salido en el caballo ese día, precisamente cuando él debía llegar. Pero pensó que habría querido probarlo por última vez antes de entregárselo, y se apostó en la tranquera para verle llegar.

Por fin, después de mucho esperar, divisó a Basilio que venía en el caballo blanco. Algo en el galope del animal llamó la atención de Enrique. ¡Qué galope tan desigual! ¡Qué tendría?

De pronto se dió cuenta: el caballo estaba manco. Enrique frunció las cejas. Era de genio violento y cualquier cosa le hacía subir la sangre a la cabeza. Y que el caballo nuevo, esperado con tanta alegría anticipada, estuviera manco, no le parecía cualquier cosa.

—¿Qué tiene el caballo?—gritó en cuanto

Basilio estuvo al alcance de su voz, sin acordarse ni aún de saludar primero a su amigo.

Basilio llegó hasta la tranquera, saltó al suelo y, quitándose el sombrero, ofreció la mano al patroncito.

—¿Cómo está, niño?

—Bien, ¿y vos? ¿Qué tiene el caballo?— exclamó Enrique, olvidado de toda cortesía en su inquietud por el hermoso animal.

—Pues se ha mancado, niño—respondió el domador pesaroso.—Yo no le mandé decir nada, porque creí que se compondría; pero no tiene remedio. Metió la mano en una vizcachera, y en la rodada se la torció. Lo había montado el chico del capataz en un descuido mío.

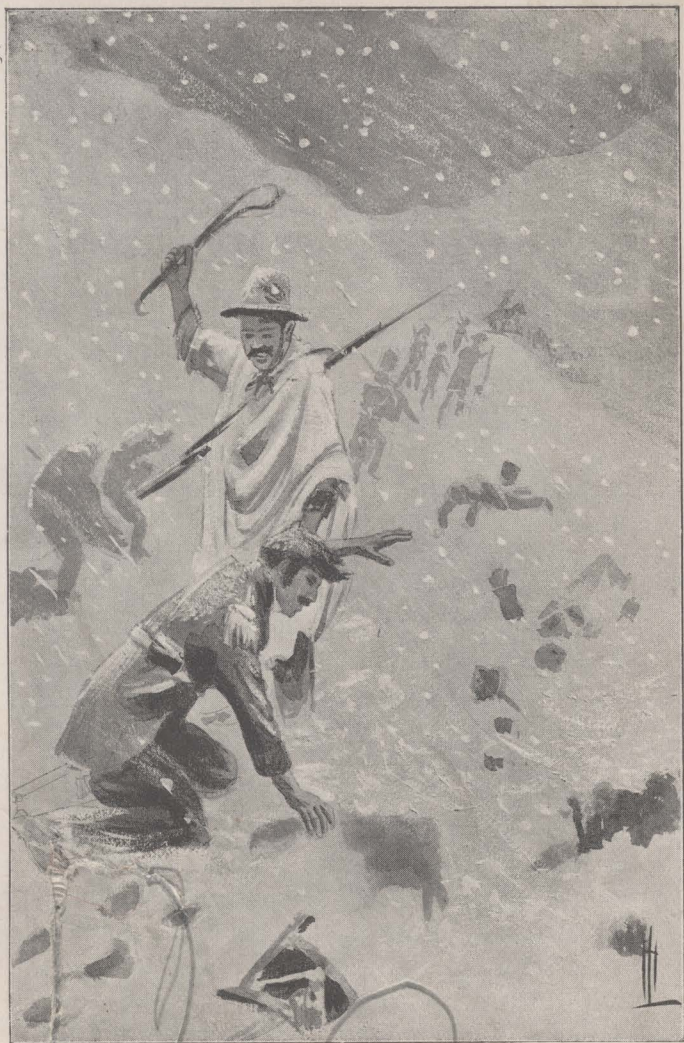
—¿Con permiso de quién?

—Con permiso de nadie; se trepó no más, como chico que es, para dar un galope. Buen galope le dí yo después a él.

—¡Yo le voy a romper el alma!—gritó Enrique, sin poder contenerse más.—¡Y vos merecerías que te hiciera otro tanto, por no haber cuidado mejor el caballo!

Basilio conocía al muchacho; cuando se encolerizaba, no sabía lo que hablaba. Por esto respondió tranquilamente, aunque bastante incomodado:

—Con romperle el alma al chico o rompérmela a mí, no remediamos nada, niño Enrique.



—¡Arriba! ¡Arriba!—Los azotes llovían y la sangre volvía a circular.

Rosario

Ya he elegido otro caballo, mejor todavía que éste, y se lo estoy amansando. Va a quedar contento.

—¡No, señor, no voy a quedar contento! ¡Yo quiero este caballo y no otro! ¡Y vos sos un inservible, y le voy a decir a papá que te eche de la estancia a rebencazos! ¡Y por lo pronto, tomá!

Ciego de ira, alzó su rebenque, el que había traído para montar en seguida, e hirió a Basilio en el brazo. En el propio instante, el rebenque voló lejos y Enrique sintió su muñeca presa en la mano del domador. Su ira se evaporó ante el espanto. Nunca había visto ojos como los de Basilio en aquel momento.

—¡Muchacho! ¡Si fueses hombre ahora habrías de responderme, cara a cara, de esta afrenta. Pero sos un chico y, además, hijo de una familia que me crió y siempre fué buena conmigo... No puedo castigarte. Quede con Dios, niño Enrique.

Se alejó El muchacho completamente vuelto en sí, pálido de susto y vergüenza, corrió tras él y lo asió del brazo.

—¡Basilio, Basilio! ¿Adónde vas? Perdóname, Basilio, perdóname... Ya me conoces...

El paisano se desprendió sin violencia, pero firmemente.

—Está bien, niño... Ahora déjeme, porque tengo prisa por irme.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A cualquier parte. No puedo quedar aquí, donde he recibido un insulto como no lo debe aguantar ningún hombre que sea hombre.. Déjeme, niño; es inútil.

Enrique sollozaba, asido de él y tratando de detenerle.

—¡Perdóname, Basilio! No te vayas. Mirá...

—Tuvo una inspiración repentina. Corrió hacia donde yacía el rebenque en el suelo y se lo presentó al paisano.—Tomá, pegame a mí. Así quedamos a mano.

Basilio apartó el rebenque, desviando el rostro para disimular su emoción. Al mismo tiempo se desasíó y fué hacia las casas. Enrique se tiró entre el pasto y lloró amargamente.

III

Años habían pasado.

La cordillera de los Andes, vista desde el llano, era una sola masa formidable, de color gris opaco, sin contornos, como una muralla que cerrara por allí el mundo, levantándose de la tierra hasta confundirse con las nubes. La gente en Mendoza miraba hacia arriba y decía:—Temporal de nieve. ¡Dios libre a los que andan por allá a estas horas!



Los demás prefirieron perecer entre la nieve.....

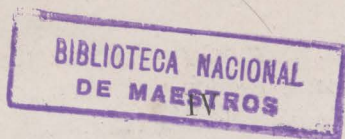
Aquellos por quienes temían eran los restos fugitivos del ejército unitario, batido en Rodeo del Medio por el general Pacheco. El general La Madrid, después de haber perdido la batalla por falta de golpe de vista militar y también—como lo dice él—por no haberle respondido algunos de sus jefes, salvó, mediante su indiscutible abnegación y arrojo, a algunos centenares de dispersos, con los que emprendió a fines de septiembre—pleno invierno en las alturas que debían cruzar—el ascenso de la cordillera, para refugiarse en territorio chileno.

Resultaba una aventura arriesgada para hombres desprovistos de todo recurso, sin más ropa que la puesta, sin otro alimento que algunas raciones de carne, que arrojaron muy luego para aligerarse. Sin embargo, no había

otro remedio. Algunos que retrocedieron, cayeron en manos de las patrullas federales y fueron degollados sin más trámite. Los demás prefirieron perecer entre la nieve, si fuera necesario.

Hijos de tierras templadas y aún subtropicales, muchos de ellos veían nieve por primera vez, y muy pocos, ninguno quizás, había puesto jamás los pies en su helada blancura.

Estaban ya internados en la montaña, cuando estalló uno de los temporales más largos y terribles de que haya memoria en la cordillera. Muchos perdieron la cabeza, tiraron cuanto les estorbaba y sólo trataron de llegar hasta alguna de las casuchas de piedra que para abrigo de los viajeros existían en varios lugares de la sierra. Estas casuchas no ofrecían espacio sino para cuarenta personas, muy apretadas; y los que en ella buscaban su salvación, eran cerca de quinientos.



Frente a una de las casuchas se estrechaba y revolvía un grupo compacto de hombres, bregando por entrar, sin hacer caso de los que desde adentro gritaban que ya no cabía nadie. En su desesperación, transidos de frío, muertos de hambre y cansancio, se fueron a las manos y quizá se hubieran asesinado mutuamente, si uno de los jefes, el coronel don Silverio Sardina, no hubiese reunido todo su valor y energía para salvar a tantos infelices. Púsose de acuerdo con el capellán del ejército, don José Gabriel Díaz, y a fuerza de gritos, exhortaciones y una que otra sacudida, llegó a hacerse oír de una parte de los soldados y logró que retrocedieran con él hasta la casucha de Las Vacas, que quedaba más atrás. Así, no serían tantos en un solo refugio y podrían turnarse.

Un hombre sereno, de alguna edad, el sargento Gallo, había apoyado desde el primer momento al coronel, animando a sus compañeros con el ejemplo, con rudas palabras de consuelo y también con alguna burla cáustica, que daba a menudo excelente resultado. Cerró la retaguardia, para apurar a los rezagados y cuidar de que ninguno quedara por el camino. Aquí



El mayor Frías se irguió despacio.....

ayudaba a uno a subir un áspero repecho, allá sostenía a otro que se tambaleaba o sacaba a un tercero que se había hundido entre la nieve. Era uno de esos hombres que suelen surgir en las situaciones difíciles, como si hubiesen sido creados para salvarlas.

Al mirar hacia atrás, vió que a pesar de su vigilancia, un hombre había caído en el camino. Corrió hacia él y le tomó del brazo.

—¡Animo, amigo! Ya falta poco. Una cuestita más y llegamos.

—¡No puedo más!—gimió el caído, un oficial del escuadrón «Mayo».—Tengo sueño... quiero dormir...—y volvió a desplomarse.

—Allá dormiré—insistió el sargento.—El que se duerme aquí, no despierta más. ¡Arriba!

Peró el otro no se movió. El sargento se inclinó sobre él y vió, al débil resplandor de la nieve, que tenía los ojos cerrados, vencido por el sueño fatal de los que se hielan. Tiróle del brazo, pero era pesado como plomo. No podía pensar en llevarlo cargado.

Entonces, el sargento tuvo una idea. Desató la correa que le servía de cinturón y comenzó a descargar en el caído recios azotes en hombros, espaldas, brazos y piernas. Bajo el estímulo del dolor, el oficial entumecido reaccionó. Con voz débil murmuró:

—Déjeme... tengo sueño...

—¡Arriba! ¡Arriba!—Los azotes llovían y la sangre volvió a circular. Al cabo de unos momentos, los miembros tiesos obedecieron y el sargento pudo alzar al caído.

—Vamos, compañero.

Y sosteniéndole, guiándole, enseñándole la luz que salía ya de la casucha cercana, le obligó a subir la cuesta, estimulando su energía, de vez en cuando, mediante la correa de cuero, la que resultó ayuda eficaz.

Los soldados que se aglomeraban alrededor de la casucha, sintieron el chasquido de los azotes y se acercaron sorprendidos y curiosos.

—¿A quién le está calentando las costillas, sargento?

—Ni sé quien es. Abran paso y déjenme colocarlo junto al fuego.

Le hicieron lugar junto a la pobre fogata que habían conseguido encender, y el cirujano del ejército, doctor Mateo Molina, se puso a frotarle los miembros endurecidos.

—¡Pues amigo Frías!—dijo riendo, cuando le vió abrir los ojos.—¡No es nada la soba que le han dado! También, si no fuera por ella...

Se interrumpió, para seguir la mirada de Frías, que se había detenido en el sargento. Este, con la correa todavía en la mano, le contemplaba, a su vez, fijamente, fruncidas las cejas, con extraña expresión en los ojos. El mayor Frías se irguió despacio, pasóse el dorso de la mano por la frente, y como en sueños murmuró:

—Basilio...

Como en sueños vino la respuesta:

—Niño Enrique...

De un salto, el mayor se puso de pie, elástico y exaltado.

—Basilio! ¡Encontrarnos aquí! ¡Y fuiste vos el de la azotaina?

—Yo fuí... No había más remedio.....

Frías le tendió los brazos.

—¡Viejo! ¡Nunca he podido olvidarte, nun-

ca en tantos años! Una vez te ofrecí que me pegaras y no quisiste. Ahora lo has hecho sin querer... ¿Estamos a mano?

Basilio le recibió en sus brazos.

—A mano—respondió.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FIN.



BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Un deseo cumplido

El vendedor de leña

A mano

La visita del Presidente

El Ñato

La Partida

Cacho

El hijo de la esclava